



Comisión 5

Índice

1. Cruda realidad. Melany Álvarez
2. Entre la vida y la muerte. Sebastián Basas
3. Una ciudad invadida. Catalina Bianchi
4. Querido Paul. Manuel Bikauskas
5. Preguntas. Nadia Castro
6. Camino sin salida. Flor Choqlenaria
7. Otro ladrillo en el muro. Gabriel Coronel
8. Peligro inminente. Marco Courouniotis
9. Al otro lado de la nada. Candela Cremonte
10. Laura después de la muerte. Catalina Desbouts Sintés
11. Una reunión fallida. Simón Duveaux
12. Vida y muerte. Clara Di Sorbo
13. Ladrón de guante blanco. Manuel D'Urbano
14. Las dos caras de la realidad. Romina Galarza
15. Carta a Paul. Salomé Garachico
16. Sueño industrializado. Micaela Guerra
17. Sueño inspirador. Florencia Gutiérrez
18. Invasión terrestre. Agustín Gómez
19. Paseando con los galeses. Pablo Lautaro Ibáñez
20. Los juegos frustrados. Joaquín Illarra
21. Mi ataúd, mi mundo. Franco Lattanzio
22. Encerrado en la isla. Francisco Lazo
23. La maldad según la sociedad. Elizabeth Ledesma
24. Ya nada fue igual. Agustín Lorenzo
25. Carta para Paul. Nehuén Loscalzo
26. Carta a un amigo. Darian Loto
27. Mi querido amigo. Paula Machicote
28. Nictofilia. Rosario Menici
29. Destrucción total. Lucía Montenegro
30. Un instinto de ADN. Rocío Morera
31. El niño y el fantasma. Tomás Ott Caruana
32. El guayacán amarillo. Dorié Pizarro Cano
33. Los recuerdos. Martín Ezequiel Silvero
34. Valerosas heroínas. Jhankarla Torres Vidal
35. Garras rojas. Gerónimo Vargas Lucini
36. Nueva generación. María Eugenia Verón
37. Entre muros. Renzo Virginio

Cruda realidad

Melany Álvarez

No puedo describir lo que la vida es, porque no encuentro un adjetivo exacto. Sólo caen lágrimas de mi interior tratando de expresar este profundo dolor.

—Solo abrázame hasta llegar a casa —dije entre sollozos a mi hermano— quiero estar allí sola si es posible.

Al entrar comienza a llover y Lorenzo se dirige rápido a su cuarto, yo me quedo en el balcón, observando el desastre que había quedado en el jardín luego de la fiesta.

Los trozos de comida sobre el césped mojándose y restos de bebidas en copas de acero al costado de la piscina. ¿Todo eso eran sobras? ¿Por qué lo consideramos así? ¿Por qué todos los años después de las fiestas tiramos los restantes de comida a la basura? Pienso y no encuentro un sentido, sabiendo que no muy lejos hay pobreza y hambre; y nunca pude ser consciente de eso.

No logro hallar explicación de por qué vivimos así, separados por pobres y ricos, los que festejan y los que no, pero sobre todo, los que comemos todos los días eligiendo que comer, y los que a veces comen. Ahora, en este mismo instante, yo estoy en mi cuarto con una taza de café frente a la ventana, pero esa familia que hoy perdió a un integrante ¿Cómo estarán? ¿Cómo seguirán a futuro? ¿Quién le dará de comer a esos pobres niños?

Tampoco puedo encontrar respuesta en mi cabeza, así que decido hablar y consultar con mi madre para tratar de poner fin a este malestar. Cuando me dirijo hacia el living, puedo verla riendo a carcajadas por una picardía de un niño durante la fiesta. La veo ahí, como si no le importase nada, comiendo una gigante porción de torta ¿Pensará en que a unos metros de casa hay una familia destrozada? Solo eso falta.

Comprendí que por más que a ella no le importase nada de lo ocurrido, yo algo voy a hacer por ellos, no sé cuándo, ni cómo, pero esos niños no pasarán hambre.

Entre la vida y la muerte

Sebastián Basas

Era agosto del 200 y la familia Smith caminaba por las oscuras calles de Londres. Volvían de visitar algunos lugares históricos. Estuvieron en el bar dónde los Beatles se habían presentado por primera vez. Eran oriundos de Estados Unidos y eran un clan criminal que mataba para vivir. Eran buscados en Norteamérica y prontamente lograron fugarse.

La idea de ellos era seguir cometiendo crímenes por las calles londinenses, ya que nadie los buscaba. Todos pensaban que habían muerto. Se ocultaban en una fábrica textil abandonada hace muchos años. El padre de la familia siempre le cortaba un dedo a cada víctima y lo guardaba de recuerdo. Así llevaba un registro de cuantas personas habían asesinado.

El 29 de agosto, el único hijo de este clan se había quedado solo en la fábrica. Mientras estaba ahí, escuchó ruidos extraños provenientes del segundo piso. Fue en busca de una linterna y subió. Se encontró con una pared ensangrentada con la frase “pagarán por todo lo que cometieron”. El hijo, aterrado por la situación, intentó salir del lugar, pero, de repente, una sombra pasó frente a él.

Sus padres lo encontraron muerto cuando volvieron de cometer otro crimen y se lamentaron mucho. La familia Smith estaba sintiendo el dolor en carne propia y no podían lidiar con ello. El padre y la madre habían encontrado las paredes del edificio llenas de sangre y con mensajes aterradores. Asustados, intentaron escapar, pero no podían abrir las puertas. Sentían presencias malignas en todo el lugar. Las cien víctimas del clan Smith se hicieron presentes en formas espirituales.

La mujer murió de un paro cardíaco aterrada por lo que vio. Al padre lo torturaron los fantasmas hasta que no pudo más. Antes de irse, se lamentó por la vida que había llevado y por incentivar a su familia a matar. Los cuerpos del clan Smith aparecieron colgados y degollados en el edificio donde vivían. En la pared quedó escrita una frase: “advertimos que iban a pagar por lo cometido”.

Una ciudad invadida

Catalina Bianchi

El año pasado me fui de vacaciones a Europa con unas amigas. Ya estábamos por terminar, habíamos recorrido casi todo el viejo mundo y sólo nos quedaba visitar Alemania.

Llegamos a Múnich cerca de las ocho de la noche, porque el vuelo se había atrasado. Las calles estaban vacías, casi todos estaban en sus casas, entonces nos fuimos a la casa que habíamos alquilado y no salimos hasta la mañana siguiente.

En la televisión decían que iban a caer unos meteoritos en unas horas; la gente que todavía estaba en la calle estaba nerviosa por llegar a su casa, pero era muy tarde ya y todavía no se había oído nada.

Al día siguiente, cuando las personas salieron de su casa, nada había ocurrido, pero minutos más tardes se escuchó un fuerte ruido de la nada; todos miraron al cielo, algo raro había caído.

Las personas que estaban cerca se acercaron con miedo. Algo extraño, color verde y muy feo salió de adentro y minutos más tardes cayeron del cielo más de esos meteoritos y de todos salieron esas cosas.

La ciudad se vio invadida y las personas que la habitaban tuvieron que largarse a otras ciudades y hasta otros países. Es hasta el día de hoy que Múnich se encuentra vacía de personas y llena de esos seres extraños.

Querido Paul

Manuel Bikauskas

5 de septiembre de 1918

Querido Paul, te escribo desde Múnich, me encuentro en la casa de mis tíos. Me imagino que los recordarás; se encuentran desesperados porque no saben nada de sus hijos. Estoy tratando de hacerlos entrar en razón y calmarlos, pero luego de lo que me contaste, no sé qué creer amigo. He tenido largas charlas con algunos parientes y profesores los cuáles, paradójicamente, concuerdan en que exageras cuando describes lo que sucede, por más inseguros que estén nuestros padres, tíos y familiares por todos ustedes que siguen allí. No creen en lo que tanto tú y yo concordamos.

Aquí las personas creen en los medios de comunicación, en las personas importantes y profesionales, “gente que sabe”. Aquí parece que no pasa nada.

Es una pérdida lamentable y muy triste la de nuestros amigos, me es muy difícil de creer. Les comenté a mis padres sobre sus muertes apenas me llegó tu carta. Se quedaron sin palabras, me consolaron un rato y nada más. Me dijeron que tuvieron mala suerte, porque le podría haber pasado a ellos o a cualquiera. Atravesados por su ignorancia afirman que deben ser de los pocos que fallecieron en combate.

Con respecto a nuestros amigos que terminaron en el manicomio, no supieron qué decirme, sólo acusarlos de débiles moral y mentalmente, psíquicamente no preparados para la responsabilidad de luchar y poner el cuerpo y la vida por nuestra Patria.

Amigo Paul, nadie aquí sabe lo que sentimos nosotros, quienes no fueron a la guerra o no están familiarizados con ella creen que está bien y la defienden. Sólo repiten lo que leen, ven o escuchan. No saben lo que es sentir el frío constante, dormir en las peores

condiciones, vivir con poca comida, sólo contando los días para que todo termine, teniendo la sensación de que quizás cierres los ojos para nunca más poder abrirlos.

Sin duda aquí todo el mundo cree que no hay novedades en el frente, cuando en realidad son miles, al igual que los sentimientos y sensaciones que produce el estar allí. Sólo espero que no me llegue una novedad diciendo que a ti te pasó algo, querido amigo. Lo único que rescato de todo esto que está ocurriendo es que estás bien. Ojalá que pronto todo esto acabe y podamos reencontrarnos. Escribe pronto, por favor.

Albert

Preguntas

Nadia Castro

¿Qué era la vida? La pregunta que daba vueltas en mi mente, repasaba cada momento del día y no podía comprenderlo. Acomodaba los restos de la fiesta, guardaba las decoraciones pero me chocaba con todo, mi vestido ya estaba todo arrugado y la imagen del Sr. Scott se me aparecía todo el tiempo. ¿Cómo habrá vivido? ¿Habrá sido feliz? ¿Qué era la vida para él? Las preguntas no cesaban y todo lo que hacía o veía lo asociaba con él.

Lorenzo aparecía todo el tiempo preguntándome como me encontraba. A nadie le importó como me había ido, excepto a el que solamente era un obrero, un trabajador como el Sr. Scott, un hombre que se había ido y había dejado sola a su esposa. Pobre mujer. Recuerdo su rostro hinchado, llorando sin consuelo. Y si, como no llorar: su esposo había muerto y ahora iba a tener que trabajar el doble para sustentar a sus seis chiquillos. Esos niños que crecerán sin su padre.

Por fin finalizaba de ordenar aquello que podía, esto despejaba mi mente de las preguntas, escapándome de las personas y sus quejas. Pero allí entre tanto ruido de limpieza y la banda quitando sus instrumentos, escuche a Sadie llamándome, mi querida madre que ya quería saber las repercusiones de la fiesta, ansiosa. Solo unas horas habían transcurrido y ella quería saber qué comentaba la gente de la organización. De los hermosos lirios rosados, de la elegante banda sonora, el servicio y la exquisita comida, la que con entusiasmo había enviado a preparar la Sra. Shediran.

Ella pensaba en la fiesta, y yo simplemente en qué era la vida, envuelta en la música clásica del piano que con entusiasmo nos mostraba Josefina, cuando las preguntas retomaban mi mente. La familia Scott despedía a su padre. Mientras nosotros participábamos de una lujosa fiesta, bailando y disfrutando, ellos se encontraban entre llantos y tristeza. Lorenzo apareció nuevamente y esta vez con la pregunta de qué era la vida para mí. Me reí sin saber que contestarle. El respondió que todo lo que teníamos era vida: el servicio, la elegancia, el trabajo y los buenos amigos. Para una parte de mí era eso, para otra parte no. Lo deje hablando mientras revisaba las cartas que me había dejado Josefina, ese chiste nuestro de cartitas.

Ya estaba cansada, el día había sido muy largo: el antes, durante y después de la fiesta había sido más cansador que en otras. Mucha más gente, muchos más muchachos elegantes a los que mama me presentaba. Nada más sobre el día quería saber, solamente irme a descansar a mi habitación, guardar la capelina y quitarme el vestido que se hacía notar por donde estuviese.

Éntrelas despedidas antes de ir a mi cuarto, escuche a mi querida madre. Baje rápidamente las escaleras, a la máxima velocidad que los altos zapatos me dejaban. Pensé que por fin preguntaría por mí. Solo quería que despidiese a los hombres de la carpa. Había terminado todo y ya se iban. El tipo alto, pecoso y de lindos ojos que jamás iba a ver, me saludo con un cálido beso en la mejilla. Un desubicado y tierno abrazo que me hizo comprender. Todas mis preguntas fueron respuestas en ese instante. Comprendí que solo quería un poco de ese cariño que la viuda tenía por el Sr. Scott.

Camino sin salida

Flor Choqlenaira

Todos los cuerpos sin vida, como sacos de papa tirados en los escombros de lo que quedo en la ciudad. Fueron destruidas por las bombas del país enemigo que atacaba. Mientras observaba en un plano general la zona devastada, se encontraba una casa que logro mantenerse por las columnas que la conservaban en pie. Y dentro de ella se encontraba una niña de aproximadamente doce años con su hermano menos de seis.

Al parecer solamente ellos lograron sobrevivir a este ataque. Note mientras los miraba a sus padres tirados en el escombros. Lo que me confirmo que se encontraban totalmente solos. Pero de la misma forma no podía descartar la reacción que tuvieron, se los veía traumatados por ese momento tan horroroso y no tomaban reacción de lo que pasaba.

La guerra continuaba mientras los niños seguían sin reaccionar y no sabían ni donde estaban. Yo tan solo los grababa con mi celular y les seguía el paso. Pero ellos no sabían a dónde dirigirse pues lo único que buscaban era alejarse de ese lugar donde solo había disparos de los militares hacia el enemigo. El lugar donde crecieron, en donde vivían sus vecinos y también donde asistían al colegio. Pero en ese momento todo eso ya no existía, la ciudad se convirtió en una localidad de ruinas. El color que abundaba era el gris de todos los escombros, más la presencia de todo el polvo.

Seguían caminando, totalmente descalzos y el largo camino donde se lastimaban los pies, hasta que se encontraron con una ruta donde los militares continuaban su camino, dirigiéndose hacia el movimiento de batalla, para apoyar con otros refuerzos a los militares, llevando una camioneta llena de armas.

Llego una camioneta que tenía la cruz roja. Lo que indico que los iban a ayudar a los niños. Y fue así, porque salía una de las enfermeras que asistían a los soldados. Pero los vieron y los tomaron en cuenta para ayudarlos.

Otro ladrillo en el muro

Gabriel Coronel

A mitad del siglo XIX, me situaba en Europa Central, más concretamente en Alemania. En ese momento el país se encontraba desastroso. Mucha gente consideraba al entorno muy apocalíptico.

Con mi libreta siempre conmigo, llevaba testimonios de distintas lenguas, religiones y costumbres. Quejándose de lo terrorífico que era imaginarse vivir como esclavos, y por otra parte, lo mal que estaba la economía.

Alemania dividida por aquel muro sin color, ponía nerviosa a toda la población. Tratando de no corromper con la ley, y sin que me descubran, ingrese a un café a reunirme con mi fuente; el café estaba delicioso.

Austria estaba configurada como un imperio centralista y autoritario que gobernaba un territorio habitado por diferentes pueblos. Muchos eran esclavos alemanes, húngaros, rumanos e italianos.

La variedad de hechos catastróficos y temores, concluyó el 18 de Enero de 1871, cuando se unificaron las distintas organizaciones políticas herederas del sacro Imperio Romano, germánico en un solo Estado Alemán.

Luego de aquel suceso que llenaba a la gente de conformidad, no solo rompieron el muro. Unificaron al país, y como último acto de figurar en la historia, me saque una fotografía de rostro con el fondo del concierto de Pink Floyd. Inolvidable.

Peligro inminente

Marco Courouniotis

New York Times. 15 de junio de 2016. Nueva York, Estados Unidos.

Ayer a la madrugada más exactamente a las tres de la mañana, en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos, se avistó un objeto volador no identificado cerca de la estatua de la libertad y de carácter hostil.

Cerca de la hora mencionada, los ciudadanos se acercaron al monumento con curiosidad, al ver en el cielo varias luces semejantes a fuegos artificiales, que iluminaban la estatua. Por desgracia no era pirotecnia, ni tampoco eran inofensivas, acompañaban a un gran objeto con forma de nave espacial, de un tamaño colosal y amenazador.

La gran nave variaba su color dando la sensación de no ser de este mundo, sino de otro planeta, se especuló que provenía de Marte, debido a ciertas grabaciones de satélites que se encontraban cerca de aquel.

La multitud se juntaba cerca del objeto, algunos con escepticismo, creyendo que era la grabación de una película, otros sacaban fotos como si fuera un evento maravilloso y la mayoría mostraba en sus rostros el miedo y la curiosidad, pero a pesar de esto seguían allí.

El evento terminó en pánico y desesperación alrededor de las cinco de la mañana, la misteriosa y amenazante nave, declaró simbólicamente el comienzo de la guerra. Destruyó a aquella mujer gigante que simbolizaba la libertad, llevándose también la vida de cientos de habitantes.

Llegando un poco tarde, mientras la gente trata de escapar, aparecieron las fuerzas armadas del país, que no dudaron en responder a la hostilidad del ovni. El pánico se esparcía en un intento inútil de derrotar a la nave, casi todos los militares fueron asesinados por ésta.

Mientras que al vehículo alienígena destruía todo a su paso, llevándose a más de miles de vidas, se generó una movilización de una gran parte de la población para desalojar el lugar. Ante esto el presidente del país, Barack Obama, anunció un estado de emergencia y de guerra entre los planetas, pidiendo entre otras cosas, la colaboración de todos los países.

“¡Se pide de manera urgente a todos los sobrevivientes y habitantes de otros países que se refugien hasta que el conflicto haya concluido!”

Al otro lado de la nada

Candela Cremonte

Los pájaros cantaban en el frío de la mañana de ese 6 de junio de 2016. La escarcha se observaba sobre el verde pasto y un montón de personas se hallaban alrededor de un cajón de madera; muchos llorando y otros comentando. Impactante la imagen de ese gran parque lleno de tumbas. En un sector, un círculo de personas, todas muy abrigadas, ya que era una mañana muy fresca, rodeaban mi cajón. Contemplaban mi muerte, lloraban mis recuerdos y lo que mejor dejé en ellos. Otros comentaban tonterías de lo que habían hecho en el tiempo que no se veían. “Es un funeral, no un evento para charlar”, pensaba yo.

Veía mucha gente que nunca imaginé que iban a estar en el momento de mi funeral, como también gente presente sólo por el hecho de “quedar bien” con mis familiares. Por otro lado las personas que realmente me querían estaban muy tristes, especialmente mi familia, lo cual me ponía muy mal, aun estando muerta.

Me interesé por escuchar lo que aquellas personas decían o murmuraban entre sí, me llevé muchas alegrías al escuchar que me recordaban en las salidas a bailar, las juntadas y, como siempre, “la que ponía la casa para las previas”; así me caracterizaban un grupo de amigos. En otro rincón me puse a escuchar todos los errores que yo había cometido, mis peores defectos y mis macanas no intencionales. Me sentí triste y con bronca, al observar que aun

estando muerta esas personas me criticaban. “Todos cometen errores”, pensé. Claramente hubiera sido mejor que esas personas no vinieran; recordarme así era un sin sentido.

Entre un grupo de familiares y amigos contaban las anécdotas que habían vivido conmigo. Me sorprendí al encontrar algunos hombres con los que compartí amoríos. Pensé que si se encontraban allí fue porque les dejé un recuerdo diferente a otras mujeres.

Podría decirse que para ser un velorio fue bastante bueno, respetado y tranquilo. Una muchacha encargada de la recepción paseaba entre las personas ofreciendo café y medialunas, pero la gente no comía, no sé si por vergüenza o ubicación.

A las 10 de la mañana en punto sentí que una máquina me bajaba a lo más profundo del pozo, donde todo a mi alrededor era tierra, habitaba por miles de insectos repugnantes. Sentía los pedazos de tierra caer sobre mi cajón a medida que la luz del sol desaparecía.

Todo se había oscurecido, me sentí mal, ahogada y aunque me sabía muerta estaba triste, entre tanta tierra, en lo más profundo de aquel parque. Pensé qué sentido tenía venir a llorar un pedazo de pasto y una cruz de cemento, si aquella que estaba metros bajo tierra no era yo, sino sólo lo que quedaba de mi cuerpo.

Sentí un inmenso dolor y tristeza, ya podía oír los pasos de todos alejándose hasta que se hizo un silencio atroz donde nuevamente escuché los pájaros cantar, sentí el frío de la mañana, vi la escarcha sobre el verde pasto. Todo lo oía, sentía y veía. Lo más triste es que yo ya no estaba ahí, sino en otro lugar, al cual pude definir como el otro lado de la nada.

Laura después de la muerte

Catalina Desbouts Sintés

“La vida es...” Esa frase resuena en mi cabeza desde que visité al pobre fallecido. ¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte? Un sinfín de posibles respuestas encuentro revueltas en mi cabeza, pero ninguna responde.

La fiesta está terminando, todo el trabajo hecho por nuestras propias manos se acaba en un par de horas. Salió todo a la perfección, pero en ningún momento dejé de pensar en aquella familia. En la tragedia que los abatió con la pérdida del esposo, padre, cuñado, amigo e hijo.

Lo vi. Lo vi muerto en aquella cama que, cómodamente, su esposa preparó para el viaje de su hombre. Un viaje desconocido, lleno de misterio, que nadie más que él conocerá.

Siento miedo. No tengo claro si de la vida o de la muerte. Este mundo, mi mundo, que no fue construido por mí, donde una fiesta vale más que una vida y donde creemos que las sobras hacen la felicidad del otro, es un mundo egoísta y narcisista.

Vi mi vida pasar cuando le destapé la cara y me pregunté, me cuestioné, me interrogué: ¿Qué vengo a hacer a este mundo? ¿Cuál es mi misión en esta vida? ¿Tenga alguna? Un collage de sentimientos se apoderó de mi cuerpo y mi cabeza.

Dudo si realmente hago lo que quiero, si disfruto cada día vivido. Mientras recogemos las flores que compramos para la fiesta, siento su aroma. Ese aroma que las muestra vivas y resplandecientes. Hago un ramo recolectando varias de distintos tipos. Las huelo nuevamente y me siento más viva que en muchas otras oportunidades de mi vida.

No dejo de pensar en la tragedia que le sucedió a esa familia. Envuelta en vida y, a su vez, en tristeza, armo otro ramo y lo llevo a la casa de la viuda. No pienso más. Siento y, en una muestra de compasión, consuelo y le digo a la mujer: “eso es, la vida es... solo es”.

Una reunión fallida

Simón Duveaux

Era un día como cualquier otro en Retiro y se le había pasado el tren. Como no tenía apuro, salió a caminar por la ciudad. Sus ropas gastadas y sucias denotaban su procedencia de

pocas posibilidades y bajos recursos, pero tenía grandes deseos de acceder a una vida mejor con sólo quince años.

Se dio vuelta y una pandilla de chicos lo reconoció. Lo persiguieron para pegarle, pero con astucia los perdió. Logró esconderse en el ducto de ventilación de un edificio. Entró allí sin saber que se trataba del mismísimo A.F.S.C.A., donde, sin querer, encontró a personas muy diferentes a sí mismo, pero reconocibles perfectamente.

Aquí, adentro de la sala de juntas, se encontraban, de un lado de la mesa, nada menos que el Papa Francisco, Cristina Fernández de Kirchner y Alfredo Coto, y, del otro lado, Mauricio Macri y Mirtha Legrand. Era una reunión ultra-secreta y había sido convocada antes del cierre del organismo. Tenso era el ambiente cuando vieron al chico y le preguntaron el nombre.

—Juan —respondió tímidamente mientras salía del ducto.

— ¿Qué haces acá, Juancito? —le preguntó el Papa ofreciéndole asiento.

—Me estaba escapando de unos chabones que me perseguían.

— ¡Ahí lo tienen! —exclamó Macri.— Es la pesada herencia, la difícil situación en la cual nos dejaron un país lleno de inseguridad.

—Eso no es verdad —se defendió Cristina con sus características pausas dramáticas. — Nosotros trabajamos arduamente para solucionar los problemas de todos los argentinos y argentinas, y defender a los jóvenes y sus derechos.

—Cristina, discúlpame —interrumpió Mirtha.— A nosotros no nos engañás, y menos con todo lo que te robaste en estos doce años. Y, si no tuviste nada que ver, creo que este chico esta así porque hizo algo para llegar a eso.

—Él es sólo una víctima de las circunstancias —dijo el Papa.— La Iglesia puede ayudarte jovencito. Sólo deja entrar a Dios en tu vida y él te va a salvar.

—Coto te ofrece los mejores precios y las mejores promociones para que las aproveches — casi gritó Alfredo Coto.— Yo me puedo encargar de que hasta tengas trabajo en cualquier sucursal de Coto del país si hace falta.

—Esa es otra de mis propuestas —intervino Macri.— El Plan “Mi Primer Empleo”, que servirá para insertar a los jóvenes en el mercado laboral de una forma más eficiente.

—Mauricio, tu propuesta está llena de incoherencias —se enojó Cristina.— ¿No te das cuenta de que este chico no tiene ni 16 años? Además, prometés darles trabajo a los jóvenes que podrían estudiar y, en tu gobierno, se despidieron a casi a dos millones de empleados.

—Eran unos ñoquis mantenidos por tus subsidios querida. —Mirtha defendió a Macri.— La inflación que generaste en tu gobierno hizo que los precios suban y alguien tiene que pagar los platos rotos.

—Los precios del Coto no están tan altos —dijo Coto lavándose las manos también.

— ¿Por qué no le preguntamos a Juancito que piensa de todo esto? —dijo el Papa Francisco finalmente.

—Pienso que... —a Juan al principio no le salían las palabras.— Yo no tuve las mismas chances que ninguno de ustedes cinco. Tampoco las puedo conseguir ya que personas como ustedes no se preocupan por personas como yo. Sólo les importa quedar bien y echarle la culpa al otro. La religión, las empresas, la política y los medios se contradicen siempre y sólo buscan venderme ideas que no me representan. Tengo que vender lapiceras y golosinas en el tren para ganar unos pesos y comer algo. A veces paso hambre y frío. No quiero robar. Nunca lo hice y nunca lo pienso hacer. Si no se preocupan por la gente que les permitió llegar a donde están y siguen pensando en ustedes mismos, entonces no vamos a avanzar más.

Y de la misma forma que llegó, Juan, se marchó y dejó a los otros cinco presentes completamente atónitos.

Vida y muerte

Clara Di Sorbo

La vida es... la vida es... la vida es todo lo que tengo que limpiar cuando llegue a casa: debo barrer en la carpa, juntar los manteles sucios... los manteles, los manteles que cubren las mesas y las sábanas que cubren los rostros de los muertos.

Los muertos, Scott, ¿Dónde estará ahora? ¿Vera la oscuridad? ¿La muerte será oscura? Quizás la vida representa la claridad y la muerte la oscuridad... ¿Será la vida la oscuridad, en donde, por ser de distintas clases sociales vemos la vida de forma?

Existe la crueldad, la gente mala y el miedo a la muerte. Quizás en el mundo de los muertos todo sea más claro porque el miedo a la muerte ya no existe.

Claridad, oscuridad, vida, muerte y esta basura que no quiere ser barrida. Debo llevar los platos sucios a la cocina, por suerte tengo gente para ayudarme, los sirvientes están siempre bien predispuestos.

¿Cómo hará la mujer de Scott para limpiar la mesa después de comer? Tiene muchos hijos y ningún sirviente, quizás su vida sea más oscura que la mía. Pero ella no tiene que usar estos estúpidos sombreros que no me permiten abrir las cortinas para que entre la luz.

La luz... ¿Habría encontrado el señor Scott la luz? Quizás la muerte es entonces la luz y por lo tanto la vida... La vida es... Mejor dejar de pensar en eso.

Ladrón de guante blanco

Manuel D´Urbano

“¿Cómo él va a ser culpable?” “¿No ves que es un hombre de bien?” Esa clase de preguntas se oían entre los vecinos del barrio de Recoleta con bastante frecuencia últimamente. La persona en cuestión, era un hombre de mucho poder, dueño de una de las empresas más grandes del país.

Este empresario que se vestía de traje y corbata, y se paseaba en autos de alta gama, estaba acusado de haber robado millones de pesos y de haber echado a miles de trabajadores. Era el centro de atención en las últimas semanas. Sin embargo, para gran parte de la sociedad era imposible que él pudiera ser un ladrón o tuviera que ver con algo de lo que se lo acusaba, ya que siempre vestía elegantemente e iba a la Iglesia todos los domingos. “Los que roban en este país son los que usan ropa deportiva, escuchan cumbia y andan siempre con gorra”, se oía.

Este hombre, que no sólo se había hecho millonario a costa de otros, sino que también había arruinado la vida de miles de familias, jamás se preocupó. Sabía que no le sucedería nada, que sus actos no tendrían consecuencias y que los vecinos de su acaudalado barrio no lo escracharían, ni pedirían justicia al sonido del choque de ollas y sartenes. Todo quedaría en rumores que, con el correr del tiempo, desaparecería.

Las dos caras de la realidad

Romina Galarza

Qué será de la vida entonces, si siempre he vivido en un cuento de hadas. No puedo borrar de mi cabeza la cara de ese pobre hombre sin vida. Aún sigo enojada con mi madre. Ella tuvo el afán de darme un plato con sobras, cuando lo mínimo que se podía hacer era suspender esa ridícula fiesta.

Esa mañana fue muy difícil despertar, levantarme y enfrentarme a un nuevo yo. Esta más que claro que todos los comentarios que se compartieron en el desayuno eran sobre la fiesta. Mis gestos y modos de comunicarme demostraban mi disgusto e injusticia. No solo

para mí, sino para mis padres, ya que se molestaron por ser descortés en la mesa. Inclusive mi madre dijo “Niñas como tú no son buenas para la sociedad, cambia esa actitud.”

Casi podía ver mi furia saliendo del cuerpo, los gritos de impotencia que guardé por años. No podía entender como viví gran parte de mi vida envuelta en mentiras y estereotipos que pretendía seguir a flor de piel impuestas por la alta sociedad.

Estaba inmersa en una gran confusión. No comprendía si lo que compartía con mi familia este último tiempo fue verdad o solo función. Aquella indiferencia frente a los obreros, los sirvientes, la cocinera y hasta el propio muerto, como no supe detectarla antes. Comienzo a creer que mi madre quería manipularme, hacerme creer que siendo una niña delicada y sumida con buen gusto podía darle grandes lujos y beneficios

Mi modo de ver y sentir las cosas se ahora en más ha cambiado, presiento que una guerra tendrá y se formara una grieta. Estoy en aquel momento donde mis ideales se enfrentan a la razón de mí existir. Si será vivir por mí o por lo que me dicen los demás.

Más tarde volví al lugar donde todo comenzó. Me senté y observé a mí alrededor, cómo un ambiente tan verde y florido me había consumido en un cuento de hadas. De esos que tienen mujeres preciosas y con buen gusto, hombres elegantes y millonarios, casos lujosas y también fiestas en el jardín. Cuando al mismo tiempo hay personas que mueren por debajo de nosotros, mendigan por un plato de comida y padecen el frío. No solo el frío de la estación más cruda del año, sino la nuestra, la que poseemos, indiferencia tan fría como el hielo.

Carta a Paul

Salomé Garachico

Querido Paul, es tan bueno recibir noticias tuyas, a pesar de los lamentables sucesos que tu carta me ha traído. Es inevitable entristecerme e indignarme frente a lo que nos ha ocurrido. Pensar que sólo éramos unos muchachos llenos de ilusiones y valentía, confiados que a nuestra edad podíamos hacerle frente a lo que sea que obstaculizara nuestro objetivo.

Nuestro objetivo... ¿Cuál era en realidad nuestra motivación, nuestra ambición cuando nos enlistamos? Cuando toda esto estalló nos llenaron de discursos a favor de la guerra, justificando este enfrentamiento. Nos hicieron creer que íbamos a luchar por nuestra Nación y por nuestro honor y lo creímos, confiamos en aquellos que tienen como responsabilidad protegernos y cuidarnos. Se aprovecharon de nuestra inocencia y nuestro sentimiento nacionalista, creándonos un sueño y un panorama sobre cómo sería nuestra vida en las trincheras. Y cuando llegamos allí, en un abrir y cerrar de ojos se esfumó.

Comprendimos lo que era el hambre, el frío, el miedo. Experiencias como esas, Paul, no se olvidan tan fácilmente, ¿y todo por qué? Por los intereses económicos de los más ricos que nos mandaron a nosotros a pelear por ellos, para volverse más ricos sin ensuciarse las manos.

El volver a casa luego de la guerra, Paul, es una experiencia totalmente diferente, lo juro. Ver mi casa intacta es motivo de que mis ojos se llenen de lágrimas El sabor del estofado de mi madre, que no sabe cocinar muy bien, es más sabroso que cualquier plato gourmet. Y un abrazo de mi hermano pequeño o alguna travesura suya son mejor que tener la mayor cantidad de cigarrillos.

Ojalá la guerra acabe pronto o puedas tomarte licencia y disfrutar de las pequeñas cosas que la guerra nos hace apreciar. Hasta entonces, mantente a salvo.

Albert

Sueño industrializado

Micaela Guerra

Estaba en la facultad durante la hora de textos escuchando la clase cuando el sueño vino a mí. Sin darme cuenta me quede dormida sobre el pupitre con el celular en la mano. Cuando me desperté me sentí un poco mareada, no tenía la visión clara y no podía ver bien a mí alrededor.

Pasaron unos minutos y cuando me di cuenta me moví sobresaltada. No estaba en la facultad, ni tampoco en mi casa. Me encontraba acostada sobre una cama vieja y sucia. A mí alrededor todo era oscuridad

Intente mantener la calma a pesar de que tenía mucho miedo. No sabía dónde estaba, si mis compañeros se habían dado cuenta de que me había ido, si podía llegar a casa sana y salva, si había sido secuestrada o si todo era una pesadilla.

Me pare de la cama y abrí un pequeño ventanal que tenía a mi lado para dejar pasar un poco la luz. El piso estaba frío y mohoso, las paredes gastadas y sin revocar y el olor a humedad que emanaba el ambiente era asqueroso. Cuando mire por la ventana no podía creer lo que notaban mis ojos.

Fabricas por todas partes largando humo de color negro azabache inundaban la ciudad, que de si no era muy agradable a la vista. Era evidente que no me encontraba en el año actual, debería estar por el año 1800 aproximadamente, no lo sabía con exactitud. Lo que me sorprendió fue que mi celular aun lo llevaba conmigo.

Salía la calle para preguntarle a alguien si sabía dónde estaba y todos hablaban en inglés. Como algo sabía, le pregunté a un hombre que parecía obrero donde me encontraba. Estaba en Londres en 1889. Por un momento me dieron muchísimas ganas de explorar el lugar pero por otro lado moría por poder despertar.

Sueño inspirador

Florencia Gutiérrez

Luego de la corta conversación con Lorenzo, caminamos en silencio hasta la casa. Cuando llegamos, mi madre se estaba bañando, así que aproveche a ocultarme en mi habitación para que no pregunte nada.

Encerrada allí, intentando borrar lo que había vivido en aquel lugar, mis ojos se cerraron de a poco, el cansancio me venció. Entre en un sueño profundo, donde estaba todo lo que me agrada, música, comida, mozos y gente elegante bailando. Sorprendida me acerqué a una mesa, allí estaban mi hermana y mi hermano, que al verme me invitaron a bailar.

Luego de bailar durante horas seguidas me senté a descansar y Lorenzo fue a buscar algo para beber. Al ver que tardaba decidí ir a buscarlo, pero al no encontrarlo me asusté. Continué en su búsqueda desesperadamente hasta cruzarme con una mujer muy preciosa. Su rostro me parecía conocido, por eso me acerqué a saludarla, pero ella al verme empezó a correr y llorar.

— ¿Qué le hice? —Me pregunté asustada. — ¿Por qué se puso así?

La fiesta terminó y todos se retiraron, junto a mi madre los despedí con la esperanza de volver a ver aquella mujer pero no aparecía. Antes de dormir salí a caminar y allí estaba, sentada al lado de unas rosas blancas.

—Soy la esposa de Scott, viuda de seis preciosos hijos —Explicó sin mirarme.

—La vida es así, cruel —Reflexioné sin comprender lo que me decía.

— ¡Tú no sabes nada de la vida! —Contestó, furiosa.

Me desperté de ese extraño sueño ¿no sé nada de la vida? Me cuestionaba. Claro que no sé nada, vivo en una cada espléndida, con sirvientes que me satisfacen en todo momento.

Gritando llamé a mi padre y le dije que quería construir casas y donar objetos a las clases bajas. Mi vida va a cambiar, quiera o no a mi familia, voy a ser diferente y mi primer objetivo es hacerme amigo de los albañiles amables.

Invasión terrestre

Agustín Gómez

A seis meses, la invasión continúa...

Llegado el segundo semestre del año estas máquinas tan nefastas y temerarias siguen destruyendo lo que queda del país.

Se estipulan miles de desaparecidos por ellas, ni los niños ni los adultos se salvan, mucho menos los jubilados.

Su destrucción es tan efectiva, que el presidente de los Estados Unidos tuvo que intervenir con sus fuerzas armadas para aplicar un protocolo de control y, de paso, combatir el narcotráfico.

Sus métodos de tortura son lentos y dolorosos, van desde la inflación y la provocación, generando ira en las masas, hasta el desempleo y la manipulación, haciendo desaparecer a la clase media.

Se estima que estas máquinas han sido refaccionadas después de la primera invasión, en el año 1976. Pero a diferencia de aquella época, la causa de que hoy seamos invadidos es nuestra soberbia e ignorancia.

De nada sirve reprocharse y lamentarse, ya fuimos y estamos siendo atacados, es demasiado tarde, sólo otra invasión extraterrestre podría salvarnos.

Paseando con los galeses

Pablo Lautaro Ibáñez

Llegué el 28 de julio de 1865, el día que los colonos galeses llegaron al Golfo Nuevo, hoy en día la provincia de Chubut. No sé cómo habré llegado hasta acá, lo único que tenía era mi celular a mano. Estaba viviendo lo que iba a ser la fundación de Puerto Madryn y posteriormente de Rawson.

Era todo pastizal y el viento infaltable del sur. El olor a la orilla del mar y la arena de la costa. Los guanacos caminando y mirando con atención la llegada del Barco Mimosa. Me escondí entre los arbustos y traté de llamar a mi mamá, pero no tenía señal. Los colonos galeses bajaron a las orillas del Golfo Nuevo y se instalaron. Esa fecha quedaría como acta de fundación de la Ciudad de Puerto Madryn.

Bajé de las colinas para presentarme ante los galeses, la muchedumbre se asustó en el momento y me obligaron a que me quede quieto. Les llamaba la atención mi vestimenta y también el objeto que tenía a mano. Les que dije que se calmaran, que venía del futuro y que vivo en estas tierras.

No les conté sobre las ciudades y eso, no quería cambiar la historia si decía algo indebido. Los galeses me aceptaron en su comunidad, me contaron sus motivos de irse de sus tierras, yo ya sabiendo el porqué. Los galeses tenían serios problemas, en esa zona de pastizal mezclado con el olor a la marea alta no hay agua dulce. Haciéndome el tonto dije que había que recorrer el lugar para encontrarla. Ahí empezó un largo recorrido hasta hacerlo.

Ya estaba medio perdido, era todo desierto y el viento patagónico en invierno se levantó más, no estaba ni la ruta uno de tierra para llegar a Rawson ni la doble trocha de Trelew-Madryn. Emprendimos el camino junto con otros siete galeses, uno murió de sed y yo también lo padecía pero sabiendo que estábamos a cincuenta km del río Chubut.

Pasaron los días y llegamos, la felicidad de mis compañeros era única. En eso llamaron a los otros galeses y el gobierno nacional mando un ejército para ayudar.

Llego el quince de septiembre de 1865, el teniente coronel Julián Murga llegó a esta zona y con provisiones. Los galeses se dieron cuenta de que era el lugar ideal para vivir, entonces se fundó un pueblo. Los galeses quisieron que el lugar se llame Trewrawson que sería pueblo de Rawson en honor al min del interior que les cedió el lugar.

Entonces Julián Murga empezó la fundación y los soldados dispararon al cielo con el viento sureño presente, yo me emocioné. Cuando terminó la fundación volví al presente y llegué a la plata, con cara de orgullo de ver la fundación de la ciudad donde me crié.

Los juegos frustrados

Joaquín Illarra

Hoy, durante la inauguración de los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro, mientras más de cien mil personas esperaban el inicio del partido, un apagón inesperado se adueñó del lugar. Dejaron de verse las camisetas de Brasil y Uruguay y todas las almas presentes se preguntaban, sorprendidas, cómo podía suceder algo así en un momento tan importante.

Mientras la noticia recorría el mundo, la gente presente no tardó en mostrar su malestar, y desde las tribunas comenzaron a bajar abucheos e insultos de todo tipo. Los jugadores de ambos equipos volvieron a los vestuarios mientras los organizadores, confundidos por el hecho, trataban de buscar la solución.

Después de un largo rato, algunas nubes colmaron el cielo y taparon la luz radiante de la luna y las estrellas. Un fuerte viento habría comenzado a levantarse y podían escucharse algunos truenos. La lluvia no tardó en llegar y todo empezaba a empeorar.

Ante una posible tormenta eléctrica, el evento fue cancelado y la gente se vio obligada a abandonar el lugar. Antes de que la salida se concretara, un rayo impactó contra el campo de juego y dos cayeron dos sobre las tribunas, provocando terror en los presentes.

Se respiraba miedo en el lugar mientras la gente intentaba salir desesperadamente del estadio para buscar un lugar seguro. Los niños lloraban asustados, la gente corría en todas direcciones y la situación cada vez era peor.

Los rayos cesaron por un momento y con toda la gente fuera de la cancha, las preguntas empezaron a surgir ¿Qué pasaba? ¿Cómo los pronósticos no habrían previsto esto? Pero no habría respuestas de ningún tipo. La policía y los médicos del lugar solo podían pedir por la calma.

Horas más tarde, en las playas de Río, el sol volvió a salir, dando una efímera tranquilidad a la gente, unos minutos más tarde nubes extrañas de color amarillo aparecieron en el cielo. El aire se hizo más denso y el pánico volvió a atrapar a los habitantes.

Antes de la gente pudiera reaccionar, un gran número de rayos cayeron en el lugar, destruyendo todo contra lo que impactaba. Algunos testigos contaron que en ese momento se vieron en el cielo objetos voladores que los disparaban. Cámaras del lugar registraron el momento y pudieron identificar a varios, que destruían todo lo que se les interponía.

Después de una terrible destrucción del lugar casi desierto los objetos bajaron del cielo y se posaron sobre la orilla del mar succionando el agua con un tubo proveniente de su interior, dejando el lugar literalmente seco. Al hacerlo se retiraron y no volvieron hasta entonces a dar noticias de su presencia.

Mi ataúd, mi mundo

Franco Lattanzio

Fue un primero de junio cuando salí de la facultad y un auto me atropelló, matándome al instante. Siempre me había preguntado cómo sería la muerte, si sería como lo imaginaba y ese día lo confirmé. Sentía como si estuviese volando sin destino, solo mi cuerpo se movía

atrapado por una correntada que me llevaba hacia una luz cada vez más brillante y cercana.

Llegó el día que todos sabemos que va a llegar en algún momento, pero por lo menos para mí, creo que se adelantó un poco. El olor a café, los sillones marrones opacos que por más limpios que estén nunca van a brillar, los murmullos de los presentes mezclándose entre llantos y abrazos interminables que recibían mis padres, mi hermano y mis abuelos.

Las medialunas saladas que servían en mano porque nadie las tocaba y como suele pasar en algún velorio de algún abuelo las risas pícaras de algún que otro chiste desubicado para la ocasión esta vez no estuvieron presentes, no por ser yo el muerto, ni mucho menos, sino porque a la gente le suele chocar más la muerte de un joven.

En un momento, mi padre se puso a mi lado, me besó la frente, me agarró la mano y sin decir nada lloró desconsoladamente. Él y mi hermano siempre fueron más fríos, estaban irreconocibles. El velorio estaba terminando y se acercaba la hora del último adiós, nunca me gustaron las despedidas y mucho menos cuando yo no me puedo despedir de nadie

Lo que más me sorprendió fue la presencia de personas que no tenía ni idea de lo mucho que me querían. En fin, llegó el momento del entierro. Besos por toda la cara y las manos, palabras que no recuerdo y perfumes que nunca olí, fueron los últimos contactos que pudo tener mi cuerpo con los seres más queridos. Llegó el momento y la tapa del cajón se acercaba lentamente, ya no solo estaba muerto ahora también estaba solo.

Encerrado en la isla

Francisco Lazo

El 20 de Abril me desperté con un frío que me apretaba el pecho y no me dejaba respirar. Era tan seco que se me congelaban los dientes.

Miraba para ambos lados, derecho e izquierda. Todo totalmente desolado. Me toque el bolsillo y tenía un celular, lo saqué, me fijé la hora y marcaban las 7:42 de la mañana, pero no tenía ni un poco de señal. Me empecé a mover para conseguir señal, y nada.

Me encontraba en el medio de la nada, con mucho frío y un celular inútil. Empezaba a asomarse el sol y emprendí camino para ver si encontraba algo o alguien, que me pudiera ayudar. Sacando el terrible frío del lugar, su paisaje era hermoso: el viento que circulaba te hacía sentir como en casa, estaba como en el parque de mi ciudad.

Después de tanto caminar a lo lejos escuche un estallido tremendo, una explosión que me puso los pelos de punta. Empecé a escuchar más y más estallidos, cada vez más fuertes y cerca de mí era como si estuviese en año nuevo pero triplicado.

Estaba tan asustado que no sabía a dónde ir. A cada lado que iba se escuchaban más fuertes las explosiones. Me encontraba encerrado en los estallidos. En ese momento de no saber a dónde ir, vino corriendo un grupo de mujeres, hombres y niños aterrados escapando de las explosiones. Lo único que pude hacer fue unirme a ellos y correr a su lado. Estaban tan asustados que ni me vieron sumarme a ellos.

Llegamos a una costa y no me daba más el aire de correr. En ese momento levante las miradas y vi lo peor: un soldado, un hombre desplomado en el agua, repleto totalmente de sangre. Fue lo más horrible que vi en mi vida. Me helo totalmente el cuerpo.

En ese momento me dieron vuelta y me miro un hombre. Alto de barba abundante, con ojos marrones y morochos. Lo observe tan detenidamente que su mirada penetra la mía, me quedo grabada.

Me ayudo, me informo en donde estaba. Me encontraba a kilómetros de mi casa, estaba en el medio de las Islas Malvinas, en el medio de la guerra, que hacía pocos días empezaba.

Nadie podía salir de la isla, ni entrar. Solamente los soldados. Me llevaron a una casa, donde pude usar mi celular y llamar a mis padres y contarles. Saque fotos y grabe videos de la guerra.

Tenía que esperar al final de la guerra y así poder volver a mi casa.

La maldad según la sociedad

Elizabeth Ledesma

La sociedad define qué es ser malo: es aquel individuo que tiene comportamientos que no son correctos, por ejemplo: no respetar, el desinterés por el otro, drogarse y, en el peor de los casos, matar.

Pero, ¿por qué el individuo es malo?

Las personas basan su comportamiento en las enseñanzas que adquieren en el hogar. Por ejemplo: para un niño que vive en un barrio de la periferia o está en situación de calle, cuyos hermanos y padres no han recibido ni educación primaria, la única manera de sobrevivir es delinquir. Ese individuo adopta esa forma de vida sin poder mejorarla.

La sociedad contribuye denigrándolo como persona mala o lo define como “delincuente” o “chorro”. Y eso no contribuye de ninguna manera a que quiera mejorar su vida.

Actualmente, la sociedad también define como personas malas a muchos jóvenes por la manera en que se visten. Jóvenes que usan conjuntos deportivos y viseras, que no son malos, son acusados de delinquentes por la sociedad.

Todos debemos aprender que somos iguales y que no depende de cómo nos vestimos.

Ya nada fue igual

Agustín Lorenzo

Esa noche, en mi cama, mi cabeza era un campo de batalla donde se enfrentaban innumerables maquinaciones e interpretaciones. Y en ese mar de dudas sólo existía un pensamiento claro y certero: no sabía nada, no entendía nada. Mi vida hasta ese día había sido una farsa, llena de banalidades y preocupaciones sin sentido.

Algunas horas antes, al regresar de la casa del difunto junto a Lorenzo, me resultó escandaloso el despilfarro de la fiesta. ¿Para qué? ¿Para agasajar a gente que no lo necesitaba y que, lógicamente, no lo merecía? Todo era de lo más indignante. Y lo que más me enfureció fue ver a mi madre diciéndose exhausta por la fiesta y por haber dado las indicaciones a los obreros para desmontar la carpa y los demás restos del festejo. Eso fue demasiado.

Después de un largo baño y un té caliente me calmé bastante. Pero como siempre luego de un ataque de ira viene la reflexión. Y ésta era tal que me mareaba.

Lógicamente todos mis pensamientos desembocaban en un punto común: ¿Quién era? ¿Quién quería ser? ¿Qué haría una vez que lo averiguara?

Para empezar, me di cuenta en ese lapso breve pero doloroso, que no quería ser como mi familia. Me desagradaba cada cosa de ellos. Eran fetichistas, superficiales y autoritarios. Obviamente excluí a Lorenzo de la ecuación. Él era cálido y generoso, no parecía un Sheridan. Él era mejor que todos.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que me había acostado, pero mientras más se aclaraba el panorama de lo que quería, menos contrariada me sentía y por ende perdí la noción del tiempo.

De repente lo decidí: me iría de allí. No volvería, no podía vivir más de esa manera, haciendo la vista gorda a tantas injusticias y creyéndome una buena persona por regalar sobras. En ese momento cambié y ya nada fue igual.

Carta para Paul

Nehuén Loscalzo

13 de septiembre de 1918

Querido amigo Paul, me alegra saber que te encuentras bien, y a la vez me apena y me genera dolor el saber que mis amigos han fallecido en el campo por una guerra sin sentido. Creo que lo más sensato de mi parte sería decirte que no seas un héroe, intenta volver. No siempre se gana, trata de volver con tu familia y con este amigo que la guerra te dio.

No logro imaginar las torturas que has vivido en el tiempo que no estuve en el campo, pero por lo que describes me he dado una idea. Eres una persona muy fuerte y confío en que vas a volver sano y salvo.

Aún recuerdo cuando tomaste la decisión de volver, teniendo la posibilidad de quedarte acá, decisión que todavía aborrezco. Pero no olvido mi admiración hacia ti y el valor que tienes. Sin dudas Alemania estará en deuda contigo eternamente.

Sin embargo, es cuando pienso en ti que dudo sobre mi estadía en Berlín; quizás tendría que estar allí, luchando, a la par tuya. Pero no tengo ni tu fortaleza ni tu valor. Luego miro las caras de mi madre y mi esposa y creo que tomé la decisión correcta.

Seguramente quieres saber de mí. Bueno, he estado apartado de la ciudad, compré un pequeño campo en las afueras y me dedico a él. Me siento mejor aislado del centro, aunque todavía siento por las noches los bombarderos cruzar el cielo. No sé si es mi imaginación, pero cada noche duermo menos; y cuando logro conciliar el sueño se me aparecen las caras de cada uno de nuestros compañeros.

Los que vi caer, uno a uno, sin poder hacer nada. Por las sufro tanto como en aquel campo. Mi esposa me dice que me nota más distante; no le he contado las cosas que hice ni lo que viví, creo que no se merece tal castigo.

Por último quiero reiterarte mi preocupación por tu vida, tendrías que estar aquí conmigo. Eres el único que sabe todo lo que viví en aquel campo de la muerte. Espero que puedas volver, la gente no sabe las cosas que se viven en la guerra.

Albert

Carta a un amigo

Darian Loto

Paul:

Mi querido amigo, debo confesar que de las cosas que me estas contando, he quedado horrorizado. Ojala fuese mentira todo lo que transitas, pero comprendo que en tu situación no estás para bromas, como estabas vos acostumbrado a hacer.

Quiero que sepas que no paso ni un día en el que no pensé en vos, y recordado con mucha tristeza a nuestros camaradas que han sufrido el terrible fin.

De tanto pudor y rabia, de lo que me expresas en esas tristes líneas, me dan ganas de levantarme de esta maldita cama. Más que postrado de la peste que tengo, estoy postrado del cansancio que tengo en el corto plazo que he estado allí.

Sin ánimos de ofender, paso a contarte que seré padre, la noticia me fortalece y alimenta mi alma. Pero quédate tranquilo mi querido Paul, no me he olvidado de la promesa que te he hecho, la cual cumpliré a raja tabla. Volveré, no te dejare ahí solo.

A pesar de todo lo que me contás, regresare, como sea, moriremos juntos si es necesario como buenos camaradas que somos.

Te envío un paquete de cigarrillos para que lo canjees, y también unos borcegos de mi talla, porque no he de recordar la tuya. Sinceramente, dudo que lleguen a tus manos.

Al paso de mi llegada me cruce a tu madre. La pobre no pasa un día sin extrañarte y da fe en que volverás sano y salvo, y yo conociéndote a vos confío en lo mismo, amigo.

Te envió un caluroso abrazo.

Albert

Mi querido amigo

Paula Machicote

Me ha tomado tiempo responder a tu carta, a decir verdad, he estado casi dos horas mirando la hoja en blanco sin poder escribir ni una sola palabra. Tal vez es porque sigo sintiéndome culpable por no haber regresado, posiblemente por mi cobardía o por temor a enfrentarte y que me digas lo que sé. Comprendo que estés enojado y te pido perdón, sé que esto no soluciona el gran error que he cometido, pero juro, es sincero.

Quiero contarte que aquí en Frankfurt, la situación es desesperante, la fiebre está atacando a toda la población y el hombre avanza con todo. Pero a pesar de esto, todavía hay esperanza de que nuestro país gane la guerra y podamos salir de esta profunda crisis que nos agota desde hace tiempo. Como habrás notado, todos tenemos la ilusión de que vuelvan a casa sanos y salvos aunque el resultado lamentablemente es mucho más influyente y lamento eso.

Tu sabes que a mí no me interesa la guerra lo único que le pido a Dios todas las noches es que te encuentres bien y puedas regresar a salvo con tu familia que espera por ti con ansias. Cada día tocan mi puerta con la intención de obtener noticias, por eso el día que recibí tu carta me alegré muchísimo no solo porque me agrado saber de ti, sino también por verlos felices.

Deseo recuperarme pronto y volver a luchar a tu lado, que charlemos mucho y luchemos a la par como lo hicimos siempre desde que tenemos uso de razón. Porque a pesar del tiempo transcurrido mi cariño hacia ti no ha cambiado, ha mutado en no solo cariño sino respeto y admiración a tu valentía, amor por la patria y lucha incesante.

Me despido, mi querido amigo Paul, has sido y serás mi gran hermano del alma y eso no cambiará por ninguna situación. Me disculpo nuevamente por no haberte respondido antes y deseo desde lo más profundo de mi alma que te encuentres bien y que puedas regresar a casa para disfrutar a tu hermosa familia que espera por mi llegada con la más sincera ilusión que te puedes imaginar. Se fuerte y ten cuidado porque aquí todos te necesitamos.

Albert.

Nictofilia

Rosario Menici

Ella era Troyan, tenía unos veinte años, ojos grandes, difícil de diferenciar su color. Su pelo era castaño con ondas que se asemejaban a la brisa salvaje. Amaba la oscuridad y todo lo relacionado con la luna. Su vida, dos padres que vivían trabajando. Se crió con una nana desde que tenía uso de consciencia.

Por las noches aspiraba a leer cada vez más sobre las historias urbanas bosque, de su pueblo lleno de árboles, plantas y animales incontables. Troyan, en cada ocaso que se presentaba se escondía entre la oscuridad de la naturaleza de las personas que la rodeaban. Esa tarde, casi a la noche, no iba a ser una excepción. Adentrándose a las penumbras, distraída, llegó hasta una ruta que conectaba un pueblo con otro a 17 kilómetros de distancia.

Sacó un cigarrillo de su mochila, lo encendió y se sentó al costado de la carretera sobre el pasto observando a la luna. Las estrellas las podía contar con los dedos de la mano tras el manto de nubes. Todo estaba en paz para la chica de ojos grandes, hasta que algo captó su vista. Una figura no muy grande se apareció de entre los alisos.

— ¿Hola? —dijo con dureza y sintiéndose interrumpida de su paz, por la aparición del extraño. — Si haces algo voy a gritar- remarcó levantándose y dando una posición en forma de ataque.

—No hay nada que te pueda hacer, soy como vos —habló por primera vez la sin nombre y mostrando su forma física debajo de la luz de la luna.

— ¿Cómo yo? —se relajó al ver que tan solo era una chica de cabello negro, con labios prominentes y unos ojos que te dejaban sin aliento. El verde de ellos le hacía recordar al bosque. Y su piel blanca, se asimilaba con el satélite natural.

—Claro, o me vas a mentir que no te gusta estar sola. Leer sobre historias. En sí, escapar de la realidad que te rodea. Sobre cómo amas la noche y como te relaja el silencio de esta — aclaró dejando sin palabras a la obsesionada con la luna y agregó: —¿Podés dejar de pensar en cómo escapar de mí y relajarte? No te voy a hacer nada.

—No sé ni tu nombre —frenó sus acciones asombrada por lo que la otra chica leyó de su cabeza.

—Soy Lauren un gusto —extendió su mano, pero al querer tocarla no sintió nada.

—Soy Troyan —se quedó mirando como su piel solo rozaba con el húmedo viento.

—Loco, ¿no? —mostró su dentadura sonriéndole de costado— Cómo de un momento a otro todo parece normal pero hay algo que te quita el sentido común. No digas nada. Solo quería de una vez por todas poder hablar con vos y explicarte todo.

— ¿Explicarme todo?

—Tus padres piden perdón por no estar con vos en los momentos que más los necesitabas.

— ¿Qué?- se alejaba con miedo.

—No te vayas Troyan, necesito que te liberes. Necesitas perdonar.

Se quedó sobre sus talones asombrada por lo que la otra viviente sabía de su vida, y pensó en todo lo que paso y como se aliviaba el peso que sentía. Recuerdos empezaban a llenar su cabeza. Un accidente, camillas de hospital. Llantos. Cementerio.

Abriendo los ojos y llevando su mano a la boca pronunció las palabras que tanto tardo en darse cuenta

—Estoy muerta.

Todo cobraba sentido. Las personas que no le hablaban, no le demostraban amor, o nunca la miraban, era porque ya no estaba.

Su cuerpo empezó brillar y a desvanecerse entre el viento

—Gracias —pronunció con lágrimas en los ojos y siendo libre en su camino a donde sea que su alma fuera. Fusionándose con la luna.

—El sol ve tu cuerpo, y la luna ve tu alma...—susurró la ojiverde mientras se adentraba al oscuro bosque nuevamente, ayudando almas perdidas.

Destrucción total

Lucía Montenegro

Son las tres de la mañana y todavía no puedo dormir. No escucho ningún ruido, la ciudad parece tener una calma no habitual. Aún así, no puedo conciliar el sueño. Siento una incomodidad muy rara, un presentimiento que no me deja tranquilo. Apago todas las luces y vuelvo a la cama. Cierro los ojos, casi obligándome a descansar. Permanezco durante un largo rato con la mente en blanco, en medio de la oscuridad y, de repente, entre tanto silencio, se escucha una explosión a lo lejos, que me hace volver a abrir los ojos. Se vuelve a escuchar otro estruendo, pero esta vez más fuerte. Al parecer fue en otra zona de la ciudad. Los ruidos se vuelven más fuertes y repetitivos. Es algo difícil de ignorarlos y supongo que el resto de mis vecinos también los escuchan.

Me levanto de un salto apurado y con una intriga que crece. Me visto con lo mismo que había usado antes de acostarme y me dirijo a bajar a la calle. Aún dentro del ascensor, escucho las explosiones como si fueran al lado mío.

Cuando salgo a la vereda, veo a muchos vecinos, algunos mirando desde sus ventanas y otros con la puerta entreabierta. Todos con expresión de incertidumbre, al borde del miedo. Comienzo a creer que se está haciendo realidad el mal presentimiento que interrumpía mi sueño.

Las explosiones siguen. Empiezo a caminar en busca de un lugar para ver el cielo, ya que me tapan los grandes edificios. Me acerco a la zona de la costa, donde hay muchas personas. Sé que ahí, está la noticia.

Levanto la vista hacia el mar y no puedo entender lo que veo. A lo lejos, en el horizonte del mar, se ve algo. Parecen luces fluorescentes, que se acercan cada vez más. Noto que lanzan rayos de luz blanca en todas direcciones que provocan esos ruidos tan fuertes. Al caer al mar, provocan olas gigantescas.

Todas las personas que estamos ahí permanecemos en silencio, sin poder dejar de mirar el espectáculo, casi en estado de shock. En cuanto los objetos se acercan un poco más, notamos que son unas especies de naves espaciales de películas.

Estas producen un ruido ensordecedor, parecido al del motor de un camión, pero en niveles mucho más altos. Se acercan cada vez más y comenzamos a correr desesperados y desorientados. Las naves comienzan a destruir todo a su paso: autos, casas y hasta personas. Voy hasta mi edificio y entro a la cochera. Me meto en un pequeño sótano que describí alguna vez mientras investigaba el edificio. Me escondo allí lleno de miedo. Espero si hacer ningún tipo de ruido ni movimiento.

Creo que estoy escondido hace más de cinco horas y, de un momento a otro, dejo de escuchar gritos y explosiones. Abro la puerta muy lentamente y veo que mi edificio está completamente desintegrado, al igual que todo a mí alrededor. No veo a nada ni nadie. Creo que soy el único sobreviviente.

Un instinto de ADN

Rocío Morera

Nos volvimos caminando en silencio. Yo no paraba de pensar y recordar cada una de las imágenes que había vivido. No fue mucho tiempo pero la cantidad de sentimientos encontrados fueron más de todos los que sentí en mi vida.

Mis pensamientos fueron ininterrumpidos por Lorenzo cuando decidió romper el silencio. Me pregunto si me habían dicho o hecho algo. Salí del mundo en el que estaba sumergida. Le conteste que no, simplemente me había sensibilizado por la situación. El silencio continuo.

Ya habíamos atravesado la callejuela oscura y llena de humo que nos separaba de casa. Entramos por el jardín y comenzamos a ordenar los restos de la fiesta.

Puse todas las cosas en lugares incorrectos, no podía concentrarme. Seguía pensando en mi respuesta a Lorenzo. ¿Realmente solo me había sensibilizado por la situación y estaba haciendo un dramatismo sobre eso?

Tiramos muchos adornos a la basura, eran dos bolsas repletas. Todos volvieron a sus deberes diarios. Ya todo se había terminado. Nadie le dio importancia a lo que seguía sucediendo en el barrio vecino.

Lo material está vacío de contenido y comencé a sentir que mi familia también. Un sentimiento de cierto desprecio a lo que me rodeaba, me invadió.

En eso paso Lorenzo, me vio sentada sola pensando, y se me acerco. Comenzó a decirme que trate de dejar de pensar en lo que paso, que solo lograba ponerme mal. Dijo que eran cosas que pasaban en la vida, que lo tenía que aceptar. Al final agrego que tal vez podría

sentirme mejor sin buscaba la manera de ayudar a la familia del fallecido. Me miro, me dio un beso y se fue.

Yo aceptaba lo que paso, entendía las diferencias que existían entre acá y allá. Lo que Lorenzo no entendía era que esas diferencias me ponían mal.

Iba a buscar a Lorenzo y hablar con él. Decirle lo que sentía y manifestarle que faltaba consideración y compromiso por parte de la familia. Había que hacer algo con esa brecha que nos separaba tanto.

En el camino al cuarto de Lorenzo paso el jardinero. Llevaba los hermosos lirios rosados que mama había comprado. Iba a tirarlos a la basura, alguien debía impedirlo. Mi instinto me obligo a salir corriendo para evitarlo.

El niño y el fantasma

Tomás Ott Caruana

Me senté en el borde de la fuente de las diosas gemelas del amor y me llevé las manos a la cara intentando contener el llanto.

— ¿Estás solo niño? —preguntó una voz desconocida pero dulce.

— ¿Y a vos qué te importa?

— ¿Por qué lloras?

—No estoy llorando —grité, sacándome las lagrimas incipientes.

— ¿Por qué lloras?

No lo miré, pero tomé el coraje para responderle, después de todo es el único que me habla en meses.

—Nadie me hace caso. Pareciera que no me escucharan o no me vieran.

Susurró algo pero no lo escuché. Un largo silencio se apoderó del ambiente. No quería ver quién era, pero, al mismo tiempo, no quería que se fuera.

—Estás muerto —me dijo con una naturalidad y dulzura que la confirmación no fue tan dura- por eso no te hacen caso.

— ¡Mentira! No puede ser, ¿cómo un niño va a morir?

—Pero la gente no te ve, ni te habla...

— ¿Y qué importa la gente?- lo interrumpí —nunca los necesité.

Me agarré las rodillas y las llevé hasta mi mentón. Apoyé mi cabeza en un brazo y me quedé así, como esperando la caricia de una madre. Todo lo que me llegó fue un pañuelo blanco que me alcanzó aquella persona. Lo acepté y, con un ojo, espí como era.

Tenía un sobretodo negro y se tapaba la cara con una máscara blanca. Todo su cuerpo vestía de negro y hacía resaltar el pequeño azul de sus ojos que dejaba ver la máscara.

—Gracias —levanté la cabeza y le sonreí- si me puedes ver es porque estás muerto, ¿no es así?

—Estoy muerto desde hace mucho tiempo.

Un escalofrío subió por mi espalda y rompió en mis ojos como lágrimas. No sé si de tristeza o de felicidad.

— ¿Extrañar vivir?

—No lo sé, ya no recuerdo como era estar vivo.

— ¿No se supone que los muertos van al cielo o al infierno? ¿Por qué seguimos en el mundo? —pregunté y volví a recostarme en mis piernas y, con la mano derecho, hacía garabatos en el aire.

—Si hay cielo o infierno, no lo sé.

—Pero, ¿por qué seguimos en este mundo? —insistí.

—Oh, joven alma. Es en todos distinta esa razón —la voz dejó de ser dulce y se volvió grave y profunda —depende de ti buscarla y encontrarla.

— ¿Vos tenés la tuya? ¿Ya la encontraste? —pregunté casi susurrando y levantando la mirada a la oscuridad de su silueta.

—Te encontré a ti.

Me sentí feliz. Sonaron tres campanadas en la catedral y todos los pájaros de la zona elevaron su vuelo inquieto. El sol, ya sólo pintaba de naranja los rostros de las hermanas gemelas.

—Es hora de irnos.

— ¿A dónde? —pregunté confundido.

—Todos tenemos una razón, ¿no te parece bien buscarla juntos?

El tiempo cesó un instante, la niebla que cubría mi alma se disipó un poco y pude ver allí una jaula de oro. Agarré firme el sobretodo negro y lo seguí.

El guayacán amarillo

Dorié Pizarro Cano

Ana era una mujer hermosa que cuando sonreía, su cara iluminaba todo a su alrededor. Con tez blanca, mejillas rosadas, cabello castaño, ojos rasgados color miel, nariz respingada y cejas perfectamente delineadas. Ella despertaba la envidia de muchas personas de su pueblo, no solo por su belleza, sino por la luz que despedía con su sola presencia, su simpatía, su sencillez.

Ana trabajaba en un pequeño almacén de telas del pueblo, que aunque había sido invadido por la modernidad del siglo XXI, no dejaba de tener ese aire místico de las pequeñas y antiguas poblaciones de la montaña.

Una tarde, mientras cortaba y organizaba algunos retazos, Ana percibió una silueta reflejada en el espejo de al lado del mostrador. Aquel, que miraba a la calle, mostraba la figura de un hombre que con unos ojos negros como su frondosa cabellera, la observaba misteriosamente. Lo más inquietante de todo era que solo podía verlo a través del cristal, al mirar a la calle solo alcanzaba a divisar el guayacán amarillo que con sus flores tapizaba la vereda.

Asustada pero decidida, tomó las tijeras de encima de la mesa, las guardó en el bolsillo trasero y lentamente se dirigió hacia el espectro.

— ¿Quién eres y qué vienes a buscar? —le preguntó.

— ¡Soy el espíritu del guayacán! —respondió con tono gutural y una sonrisa sarcástica que se dibujaba en su rostro.

Sorprendida, Ana volteó a mirar el árbol que reposaba tranquilo y nuevamente se dirigió al reflejo.

— ¿Y qué vienes a buscar?

—Vine porque quiero avisarte que hay gente que te persigue, muchos quieren tu luz —dijo mirándola fijamente y prosiguió— No debes preocuparte, no podrán tenerla, porque como yo, tú también eres un guayacán.

Los recuerdos

Martín Ezequiel Silvero

Querido Paul, el recibir tu carta alegró mi mañana, saber que estar vivo me llena de placer. No pude aguantar las ganas de escribirte, por eso pedí lapicera y papel a un compañero y así contarte como van las cosas por aquí.

En estos días han llegado demasiados heridos a Múnich. Me hace pensar en lo peor de tu destino en las trincheras. El haber estado allí aumenta mi preocupación al saber que la muerte ronda tan cerca de ti.

En esta primavera es raro cómo las calles de la ciudad se encuentran desoladas de gente mientras que los campos de batalla están repletas de soldados que aún detrás de una barricada podrían morir en una explosión.

Desde que te fuiste, tu ausencia se empieza a sentir, aprovecho estas líneas para transmitirte mi aliento y fuerzas. Los altos mandos del ejército dicen que el enemigo no podría resistir ataques aéreos y terrestres por mucho más tiempo. Sé que esta noticia te traerá la esperanza que debes estar necesitando, amigo. El frío intenso, el hambre y las horas sin dormir deben perturbar tu cabeza.

Antes de despedirme quiero que sepas que te espero con una cena a tu elección. Los compañeros de la promoción preguntan por ti, dicen que cerca está el triunfo y que regresarás sano y salvo.

Aquí te espera tu fiel amigo y compatriota,

Albert.

PD: Junto a esta carta envió la fotografía de nuestra promoción.

Valerosas heroínas

Jhankarla Torres Vidal

Un día soleado y radiante era aquel 27 de mayo. En ese momento sólo había mujeres y niños en la ciudad, ya que todos los hombres estaban en batalla.

Ese mismo día nos invadieron tropas españolas encabezadas por el general Goyeneche, con el afán de frustrar la revolución liderada por Esteban Arze. Sin ningún hombre en la ciudad, las mujeres decidieron organizarse y armarse para hacer frente a los conquistadores, con el fin de proteger a sus hijos. Mi mamá se preparaba también. Yo le sacaba fotos a ella y a otras madres y grabé todo lo que decían antes del enfrentamiento. Fui a un lugar apartado para ver lo que sucedía.

Ellas subían la colina con la imagen de la virgen y gritando “nuestro hogar es sagrado”. Tomé una foto del momento en que todas las mujeres entraban en batalla. Ellas pretendían bloquear el paso a los conquistadores, pero fueron todas masacradas. Yo tomé todo lo sucedido en ese momento. Tres días después, la ciudad estaba ocupada por españoles.

La acción de heroísmo y amor de las madres por proteger a sus hijos, fue mayor que todo. Enfrentaron sin dudar ni un segundo a esas tropas que se dirigían hacia la ciudad.

Cuando volví al tiempo en el que vivo, no podía creer todo lo que había visto. Deprisa, entré a *Facebook* y subí las fotos que les saqué a las mamás en batalla. El video que grabé lo colgué a *Youtube*, para dar a conocer el valor y el coraje que habían tenido las madres que hicieron todo para protegernos. Postee estados en las redes sociales relatando lo que pasó aquel 27 de mayo de 1812. Tenía fotos y videos de un día memorable, donde vi el inmenso amor de las madres, más allá de todo.

Garras rojas

Gerónimo Varas Lucini

La gente cuchicheaba sobre qué podía ser. Otros se dedicaban a fotografiar al cráter o a filmar la escena, sumando el ruido de las cámaras y teléfonos al incesante murmullo. Muchos se habían marchado de la escena, pues el miedo le había ganado a la curiosidad por lo desconocido.

Un objeto no identificado había atravesado la atmósfera, incendiándose por la fricción, hasta estrellarse en Central Park. Muchos árboles sufrieron el roce del meteoro y sus ramas se prendieron fuego. En los alrededores del impacto el pasto se había incendiado pasando de un esplendoroso verde a un funesto negro.

Al enfriarse el suelo, los curiosos se habían acercado al sitio para ver lo que había causado tanta destrucción. Se encontraron con un agujero humeante de más de seis metros de profundidad que emanaba una extraña luz blanca. Transcurrieron unos minutos cargados de tensión y susurros hasta que la tierra comenzó a temblar y los ciudadanos comenzaron a retroceder. Con prodigiosa velocidad, una figura humanoide trepó las paredes del cráter hasta salir a la superficie.

Los ciudadanos contuvieron el aliento al ver que una figura de unos 10 metros se paraba frente a ellos. Era de aspecto delgado con extremidades alargadas, desprovisto de cabello, un rostro carente de facciones más allá de la boca y unos dientes irregulares. Sus manos portaban sus filosos apéndices, tenía una amalgama entre los dedos humanos y las garras de un depredador.

Del cráter surgió otro y luego otro, hasta que fueron cinco de estos seres de piel pálida y lustrosa como el vidrio pulido. Una vez fuera del cráter, se quedaron totalmente inmóviles, esperando.

De la multitud se apartó una niña que a paso rápido se acercó a uno de ellos extendiendo sus pequeñas manos para tocarlo. Cuando estaba a sólo unos pasos la criatura movió uno de sus brazos con la rapidez de un rayo y la precisión de un cirujano, empalando a la niña en un parpadeo. La abrió desde la boca hasta la cintura con uno de sus dedos y procedió a llevarla a su boca para masticarla ruidosamente.

La gente entró en pánico. Los monstruos, rápidos como centellas, comenzaron una masacre. La sangre de los civiles empalados tiñó de rojo el Central Park. Para cuando llegó la policía los monstruos ya estaban pintados de pies a cabeza con la sangre de sus víctimas. En ese momento descubrieron, con inefable horror, que no sufrían daño alguno con sus armas. Policías, bomberos y militares sólo llevaron el número de muertos. En horas convirtieron a la ciudad en una tumba, pero no sería suficiente, pues su hambre es insaciable.

Nueva generación

María Eugenia Verón

El primer indicio para la sociedad fue que las cosas dejaron de funcionar sin motivo alguno. Poco después, la electricidad y los medios de transporte estaban fuera de control. Esa noche las personas salieron para saber qué pasaba, pero al llegar la hora de amanecer pasó algo más extraño: el sol no salió.

Sólo en la oscuridad se podían ver luces que formaban círculos en el cielo. “Escuchamos un ruido extraño que suena cada una hora, sucediendo algo nuevo y extraño”, expresó una vecina.

A la tercera hora se escuchó un ruido más fuerte que los anteriores y el suelo comenzó a temblar. La gente corría sin rumbo alguno, buscando refugio de aquella extraña cosa.

Luego del temblor las luces comenzaron a acercarse alumbrando toda la ciudad. Rápidamente, los nuevos habitantes tomaron distintos territorios, destruyendo todo lo que se interpusiese en su camino.

Los invasores nunca bajaron de sus naves, que salían de ese gran círculo. Con sus rayos mataban a cualquiera automáticamente.

Luego de varias horas de susto, del centro de luz salió algo mucho mayor y comenzó a dominar niños para poder llevárselos a su nave. Capturados todos los niños, todos retornaron a su nave central y se alejaron en busca, quizás, de un nuevo territorio.

Entre muros

Renzo Virginio

Miércoles 18 de mayo, era una tarde fría y la helada invernal azotaba mi rostro. Estaba saliendo de la facultad “Néstor Kirchner” por un sendero nublado, silencioso y opaco que no me dejaba registrar a las pocas almas que, por ahí, pasaban. Seguí por la calle 63. Estaba solo con mis auriculares que me aislaban del mundo, de las masas de gente que transitaban la avenida. De pronto la vereda, las casas, los edificios, los árboles se tornaron negros azabache.

En un parpadeo, la poca luz de ese día invernal, enmudeció y fue adornada por la penumbra. Envuelto en tinieblas me rodeó un mundo de oscuridad. Era un mar muerto.

A lo lejos una chiste que, cual faro, me guió dentro de ese océano oscuro, apagado, sin vida. Pronto estaba en frente de la luz que me transmitió una incómoda sensación de incertidumbre.

Escuché la alarma del celular, había salido del área de cobertura. Intenté llamar, mensajear, whatsappear, pero fue inútil. Estaba varado, aislado y solo.

Dirigí mi mirada a la luz que me transmitía misterio y enigma, hasta que decidí cruzarla. Cuando pasé vi lo inimaginable, lo inalcanzable, era un muro.

El aura poderosa, indomable, inquebrantable que transmitía, me cegó. Sólo podía admirarlo. Tomé el teléfono y lo fotografié. La foto preservaría su grandeza y solemnidad.

En una esquina empecé a observar una multitud avasallante, poderosa, amenazante. Se dirigía con énfasis hacia el muro poderoso, intrépido y gigantesco.

Las masas estaban pasando cual toro hacía la muralla. Sería una investida que la haría caer. No podía entender sus cánticos ni sus pancartas. Lo que sí sentía era su sed de progreso, su esperanza y su juventud.

Observé cómo, a base de martillazos, mazazos, picotazos, ese imponente muro, pereció. Era solo una masa amorfa, muerta, sepultada. Tomé mi celular y comparé la foto que tenía.

La vida que se veía en ella, no estaba en aquel muro que quedó reducido en escombros.

Lo único que entendí de la escena, fue un recorte de un diario. La fecha era 10 de noviembre de 1989.